

X

EL CONCIERTO EN CASA DEL POETA.  
LA CIUDAD EN TINIEBLAS.  
UN VUELO SOBRE VENECIA.

**A**NNUNZIO HABITA EN EL Gran Canal un palacio pequeño del que sin duda se acuerdan los visitantes de Venecia. Es el Palazzino Rosso, al fondo de un estrecho jardín cuyos arbustos se inclinan hacia el agua por encima de una balaustrada de mármol. Es justo y armonioso que para padecer y descansar el poeta de *El fuego* haya encontrado ese lugar refinado...

Pero aquí viene hacia nosotros: adelgazado, pálido, con el ojo izquierdo tapado por una venda negra, más encantador que nunca vestido de joven oficial.

Nos abrazamos y lo primero nuevas de su salud. Según él, no recobrará el uso del ojo, pero su estado general era tan sano que no hubo más complicación.

Esta última reflexión la hizo Annunzio con la gentil y serenísima vanidad que le conocen sus amigos y que escucho con alegría, porque me lo muestra, bajo un bellissimo aderezo de gloria, siempre semejante a sí mismo.

Terrible fue la necesidad de permanecer durante cerca de tres meses en la oscuridad, sin movimiento, con la cabeza más baja que los pies, y entregado a las visiones... No habla ni de su fiebre, ni de los dolores en medio de los que sé bien que vivió, sino solamente de las imágenes obsesivas que su ojo enfermo le impuso durante interminables insomnios. Ni un minuto se compadece. Cuando le obligamos a decir algo de su mal, coge de manera muy sencilla el tono de un artista describiendo curiosidades.

Mientras habla, y sin distraer mi admiración por él, miro el encantador decorado. Serían necesarios la ciencia y el minucioso pincel de Théophile Gautier para describir este silencioso *palazzino* que alumbra el jardincito y para inventariar esas minúsculas habitaciones cuyos techos y paredes, curiosamente trabajados, están cubiertas de objetos raros y preciosos.

«Hoy tenía que someterme —nos dice— a una pequeña operación: la he aplazado para corresponderos, pero no he podido suspender un pequeño concierto, un quinteto que tengo aquí, porque los *virtuosi* vienen de las baterías del Lido con un permiso de sus comandantes que no se puede revocar. Hoy me interpretan música francesa de cámara, Cesar Franck y Maurice Ravel».

Y en nuestro deseo de no interrumpir su placer, nos lleva a la primera planta, a su habitación, donde lo esperan algunos amigos y su hija, encantadora persona de veinte años, que acudió desde el primer momento para velar por él a la cabecera de su lecho.

Siempre creí que Antígona era la figura más bella de la poesía, pero la Antígona de la fábula no tuvo la bondad de cuidar a un padre poeta y soldado.

De la habitación vecina se eleva la música y llena de ensoñación el pequeño palacio. Los soldados elegidos por sus jefes entre las baterías del Lido son artistas excelentes.

Escuchemos, miremos: allí está bajo nuestra mirada, muy vivo, uno de esos cuadros que al gran arte le gusta tomar por tema. En la ciudad en la que Giorgione pintó el *Concierto campestre* asisto al concierto para el héroe: Annunzio, asombrosamente joven, pálido y débil, recibe con una sonrisa perpetua la amistad de sus huéspedes: su hija, con el rostro dulce y profundo, solamente tiene miradas y pensamientos para la venerada herida; a su lado, una amiga de su edad le sostiene la mano en un gesto de simpatía como para tranquilizarla y una tercera joven arrodillada en el suelo, sentada sobre sus talones, con la mirada perdida, escucha con avidez la música, mostrando así el tipo clásico de una santa Cecilia.

Me incliné hacia el poeta: «Annunzio, recordáis ese gran verso de Hugo: “¡Hombre, Tebas eterna, presa de los Anfiones!”<sup>25</sup>».

¿Por qué esta reminiscencia? Ebrio de la música acababa de vislumbrar en la prolongación de esa habitación todas las glorietas, los gabinetes, los jardines, los retiros de la voluptuosidad y la nostalgia, pintados por Tasso y Ariosto o soñados por la raza italiana; además, en el mismo instante, al compás de un movimiento más grave del arco, se me reapareció la cueva de Ablain-Saint-Nazaire tal como la describí aquí mismo, donde soldados de Francia, dentro de una oscuridad

---

25 Victor Hugo, *El año terrible*.

que me impedía distinguir los rostros, interpretaban fragmentos grandiosos de Bach mientras, sobre ellos, el bombardeo asolaba el pueblo.

¡Oh, Francia más jansenista, Italia más pagana! Hay que aprender a conocer y respetar las diversas especies de seres nobles que habitan el mundo y aún es una forma de coraje en casa de Annunzio esa fidelidad a su naturaleza y esa voluntad de involucrase siempre en una atmósfera preciosa y rara.

Después del concierto, Annunzio y yo nos quedamos solos, charlamos largas horas sobre su papel, de la guerra y de cosas de arte. Largamente me contó las preparaciones, las dificultades, las angustias, el triunfo de su propaganda y el gran artista sabio comparaba sus arengas por la resurrección latina con los discursos de los tribunos italianos del siglo XIII.

Juntando nuestra experiencia, ambos estamos de acuerdo en considerar que en nuestros dos países la nación en este momento es el ejército y que cada uno, en la retaguardia, vale en la medida en que conecta con los soldados.

Luego el poeta me habló de los dictados o de los escritos a tientas que fueron la obra de sus insomnios, de su fiebre, quizá de sus delirios, que va a publicar bajo el título de *Nocturnos*.

«He tenido que inventar —me dijo— una nueva manera, apropiada a mi estado. Hasta entonces, estaba habituado a ver lo que escribía; ahora una palabra que trazo a ciegas sobre esos cuadernitos estrechos es como si la lanzara detrás de mí. Son confesiones lanzadas dentro de la noche. Y cuando mi hija me las

relee por la mañana, al oírme hablar así, me emocio profundamente».

La noche se acercaba; la luz menos viva permitía al herido arriesgarse a salir fuera, partimos en góndola a remo.

Bajo sus enormes gafas negras, el cuerpo perdido dentro de su largo abrigo de oficial, la cara y las manos adelgazadas por el sufrimiento, la palabra más orgullosa y siempre vigorosa, ilustrativa, qué precioso personaje representa, nuestro amigo, en el crepúsculo. Los gondoleros, que lo reconocen, lo saludan y los soldados de un hospital que bordeamos, al darse cuenta, corren muy vendados a las ventanas y lo aclaman a la italiana con aplausos.

Vamos al norte de la ciudad, en un barrio vetusto y desierto de palacios deteriorados, al Casino degli Spiriti.

Es un jardín del siglo XVI que nunca había desaparecido por completo y que el excelente gusto de su propietario restableció a partir de antiguos grabados, tal como lo conocieron Miguel Ángel y Vittoria Colonna. En él las columnatas se mezclan con las flores, los arbustos y los árboles para formar un conjunto noble y misterioso, ordenado en una serie de habitaciones de diversos colores, dibujo y perfume. Vamos respirando, admirando y charlando, y llegados al fondo de ese pasillo encantado, a través de los barrotes de la vieja verja contra la que viene a refrescar la laguna vemos, en el agua desierta, a lo lejos, dentro de la atmósfera azul y rosa del atardecer, el cementerio.

«Allí —me dijo Annunzio— reposan mis pobres compañeros —y después de un silencio que llenó

nuestra noble plegaria, añadió—: ¡Pensemos ahora en las colinas de Verdún!».

Le conté la muerte del coronel Driant. Me describió el regreso del aviador Salomone, que traía a través del cielo a sus dos compañeros, el primero estaba muerto, el segundo herido y de la cabeza, más bella que la de Orfeo, chorreaban perlas rojas fuera de la barquilla. El mismo Annunzio conoció encima de Trieste momentos de peligro. «¿Después de esto qué son —dijo— esos sueños de dominación y otros sueños más? Ya solamente deseo encontrar esos minutos donde el hombre más insignificante se convierte en alguien que nunca hubiera sospechado».

Esta charla en la que creí vislumbrar el nacimiento de un nuevo Annunzio, la prolongamos hasta muy tarde, hacia mitad de la noche, a través de la ciudad sobrevolada por aviones, con todas las luces apagadas. ¡Qué desierto, qué chapoteo siniestro, qué decorado de capa y espada, la prodigiosa colección de estampas románticas! Los que vieron esas extraordinarias tinieblas se convirtieron en temibles, ya que si se habla de Venecia nunca dejarán de cansar a sus contemporáneos al repetir con insistencia: «¡Había que pasear por ella en 1916!».

El poeta, un poco a tientas, me arrastraba a lo largo de callejas siniestras, que ningún rayo de vida animaba, hacia los lugares que su imaginación prefería. Sus admiradores pueden anotar, debiera maldecir mi indiscreción, que conviene ir hacia medianoche a la Scala del Bovolo, que les dejo el cuidado de encontrar.

A veces Annunzio, bajo sus cristales y sus vendas, vacilaba mucho y yo le amenazaba con divulgar al

mundo que el poeta de *El fuego* es incapaz de encontrar solo el camino de la Plaza de San Marcos.

De tanto en tanto, de lo alto de los tejados, se elevaba el grito de los *bersaglieri* que velan armados en las terrazas donde antaño las bellas venecianas secaban sus melenas. Acechan en el cielo los *taubes* y tranquilizan a la ciudad.

«*Per l'aria buona guardia!*».

Melopea que se apodera, que entenece el corazón recordando el peligro del precioso tesoro sin defensa.

En contraste con esta Venecia perdida en ese negro espesor, al día siguiente me brindaron la oportunidad de ver la ciudad deslumbrante como nunca, dentro de un circo de azur.

Nos mostraban las escuadrillas italianas y francesas que aseguran la defensa aérea de Venecia. «¿Qué aparato queréis probar?». Pedí hacer por encima de la ciudad y su laguna, lo más bajo posible, un vuelo de reconocimiento. Ver Venecia desde un ángulo desconocido, como un plano en relieve, conocerla indiscretamente desde lo alto del cielo cuando siempre estuvimos prisioneros entre las fachadas de sus palacios, situarla en sus vastas lagunas; ¿verdad que me envidiáis?

Apenas si concebí mi deseo cuando todo se preparó con diligencia en las praderas donde, no lejos de Venecia, la bella invención reposa dentro de un cofre colosal. El dirigible, como un espíritu, sale con majestad de su alta catedral. ¡Qué gracia, qué deseo del espacio! «¡En marcha!», dijo el joven oficial, y ya nos deslizamos a una altura de doscientos metros y con una velocidad de sesenta y cuatro kilómetros por hora.

Aquí está la ciudad muy nítida, sus islas, sus islotes, el mar y nuestra sombra nos sigue por las aguas como un gran pez. Venecia, tesoro glorioso, ocupa el centro de espacios soleados por el ocaso y que envuelve la bruma. Reposo encantador de la ciudad azul y rosa, suave como un plumón de pájaro, en medio de su laguna lechosa. ¡Qué desgracia ser, sobre esta tranquilidad, un pájaro tan ruidoso!

Respiro el aire marino, el aire de las cimas y luego el éxtasis de la magia. Pasamos por encima del jardín que tanto me había gustado en la víspera.

Entre cincuenta manuscritos, bajo el polvo de antes de la guerra, tengo un viejo trabajo imperfecto acerca de los jardines de Venecia. Cuántas investigaciones hice para nombrarlos; el de la Giudecca lleno de rosas; el que no está lejos de la estación, el... Pero, olvidemos; abandonémonos al placer presente, al placer de tomar una inteligencia perfecta de las formas de Venecia, de su Gran Canal que serpentea y de toda la redcilla de los canales menores. Mi mirada se sumerge maravillada a través de los rayos del sol y los vapores del agua en la Plaza de San Marcos y en los diversos cortes al fondo de los cuales se agita el encantador pueblo llano. Venecia misma, en esa inmensidad clara, parece una frágil criatura de la que creo sentir la respiración, la delicada palpitación. Pero ya se acaba el saborear el placer de los pájaros. El prado ha reaparecido. Lili-putienses blancos corren por la hierba, han asido las cuerdas lanzadas, de nuevo somos prisioneros de la gente de la tierra.



Y mientras subo en la lancha que debe llevarme a la estación donde me espera el tren hacia Francia, allí arriba, el gran pez de plata ha retomado su nado por el cielo seguido por su sombra, negro tiburón del mar. ¡No pueden reunirse! Pueden los jóvenes oficiales radiantes de amabilidad, de alegría, cumplir felizmente hasta el fin su tarea y hacer para Venecia *per l'aria buona guardia*.

25 de mayo—27 de junio de 1916.